

Parce que con los hombres de 93 se hundieron el valor y el heroísmo de aquel pueblo, un dia arrebatado por la palabra mágica de Mirabeau y de Danton, y llevado hasta el vértigo al son entusiasta de la Marselesa.

Napoleón ha llevado á locas expediciones la bandera de la Francia.

Desató la guerra contra la Rusia, llevó á ese campo á la Inglaterra y á la Turquía, y diezmado su ejército en la toma de un puesto avanzado de esa nación gigante, tornó á París dejando en peor estado la cuestión de la Sublime Puerta.

Emprendió la lucha contra el Austria, después de haber hecho subir al cadalso á Pierri y á Orsini, mártires de la Italia.

Estuvo próximo á caer prisionero en Solferino, y volvió en precipitada fuga á las Tullerías despreciado de su ejército y muerto para la gloria militar.

En la derrota del Austria por las invencibles armas de la Prusia, quiso dar un golpe de alta política reteniendo el Veneto, que soltó espantado al mandato altanero de Bismark.

Su célebre expedición a México había hecho un fiasco solemne, Johnson trató á Napoleón como á un lacayo ordenándole la retirada de su ejército.

Mas le valiera al César de la Francia para honra de esa nación, que la majestad de Napoleón III hubiera aceptado una guerra con los Estados Unidos, para que al menos pudiera decir como Francisco I en la catástrofe de Pavía: "Todo se ha perdido menos el honor."

En la cuestión de México nada ha quedado por perderse.

En aquellos momentos Napoleón III pasaba mucho de angustia y vergüenza al hallarse en presencia de Carlota de Austria.

La princesa imponía con su desgracia á aquel hombre que siempre había vacilado en las horas de crisis y cuando la revolución amenazaba devorarse al trono.

— Señora, decía Luis Bonaparte, qué espíritu puede prever las vicisitudes humanas? Hace tres años, en este mismo recinto, hablábamos del porvenir lleno de esperanzas; hoy nos reunimos por la última vez para seguir cada uno el camino que le depara la Providencia. A pesar de todo, creo que no estará descontenta V. M. de la nación francesa.

— V. M., dijo un tanto alterada la emperatriz, nos abandona en la hora suprema; la nación francesa está acaso mas comprometida que nuestra personalidad.

— El pueblo francés ha hecho cuanto ha estado en su esfuerzo; ha derramado su sangre en los campos de América, sin otro interés que el de la civilización.

— Permitame V. M. decirle, que mi augusto esposo fue propuesto por la Francia, que asumió desde entonces toda la responsabilidad de sostener el imperio hasta su establecimiento.

— La Francia confiaba en que durante la ocupación, el gobierno de V. M. levantaría un ejército respetable y tendría arreglada la hacienda nacional para las emergencias que debían presentarse al regreso de nuestra bandera.

— El mariscal Bazaine, siempre hostil, se ha opuesto á la formación de ese ejército, lo ha desarmado dando un rudo golpe á su prestigio; nada podemos hacer en estos momentos.

— Seguramente que el señor mariscal se ha separado en esto de las instrucciones del gobierno.

— V. M. sabe que nos deja entregados á la hoguera de la revolución que crece y se ensancha cada dia.

— Las complicaciones diplomáticas vienen en mala hora á poner á la Francia en la imposibilidad de seguir en esta liga. V. M. comprenderá, que amenazada la paz de Europa, es decir, recta é interrumpida, la Francia necesita concentrar su ejército todo para los eventos de una próxima guerra. Ademas, que nuestro ejército ha prolongado un año mas su permanencia en América contra el tenor de las últimas estipulaciones, las cuales no ha sido posible cumplir, porque el tesoro francés ha seguido haciendo todos los gastos.

— El dinero del empréstito ha entrado en las arcas de la Francia, dijo Carlota enrojeciéndose el rostro.

— Los gastos de la guerra, prosiguió impasible Luis Napoleón, debían cubrirse de antemano y aun nos queda un saldo que espero lo cerrarán los productos de las aduanas.

Carlota pasó su mano por su limpia frente.

— Estoy tranquilo en mi conciencia, he caminado con paso firme á pesar de esa tormenta que se ha levantado en las cámaras y del disgusto que existe en el mismo seno del gabinete; nada me ha detenido, nada.

Pero nuestra situación es horrible, dijo la emperatriz.

— Yo la deploro mas que V. M., as al charcarla oírás un ojib... M. V.

— Señor, en nombre del cielo, yo os conjuro á que no nos abandoneis.

— Si yo pudiera ceder, respondió agitado Luis Napoleon, á mis simpatías, desafiaría al porvenir; pero el pueblo francés no halla objeto en América, este pueblo es ambicioso de gloria y allí no ha encontrado sino simpatías, no hay un agravio que ponerle delante para despertar su entusiasmo ni decírilo á derramar su sangre; por el contrario, él está contrariado y la guerra es impopular.

— Todo eso existia ántes de emprender la expedicion, observó Carlota.

— Es cierto; pero yo creia al mismo tiempo que con un imperio en México podriamos neutralizar esa fuerza que se desarrolla por momentos en los Estados Unidos, aproveché precisamente la hora de su conflicto, y confieso á V. M., que como todos los hombres de Estado de Europa, he sufrido un desengaño.

— Nosotros somos las víctimas de esa equivocacion.

— Perdone V. M., yo creo que el pueblo mexicano que os respeta y os ama, sostendrá á sus soberanos cumpliendo con el mas sagrado de sus deberes.

— Dejad vuestro ejército dos años mas.

— Me es imposible.

— Aplazad el pago de la deuda.

— En la cámara se me acusa de inaccion y despilfarro.

— Permitid que se alisten en nuestras banderas los soldados cumplidos de vuestro ejército.

— Son libres perdiendo su calidad de ciudadanos franceses.

— Nada! exclamó Carlota de Austria.

— V. M. está al alcance de la situación, yo no debo encarecerla.

— Pero esto es una ingratitud horrible!

— V. M. me trata con injusticia. V. M. que ha sido testigo de cuánto ha pasado en este negocio, sabrá apreciar mis sentimientos y los del pueblo francés.

— Hablemos claro, dijo Carlota, levantando un tanto la voz; V. M. no quiere comprometerse con los Estados Unidos.

— Pudiera ser, y si V. M. estuyese en el tren de la Francia no obraría con identidad en este caso?

— Yo nunca pospondría mi honor en una cuestion diplomática.

Enrojecióse el semblante de Napoleon III, nunca había oido expresio-

nes tan ofensivas, ni creía que nadie pudiera pronunciarlas en su presencia.

— Acaso, dijo la emperatriz serenándose, haya dicho algo inconveniente, yo pido mis excusas á V. M.

Napoleon comprendió que la angustia estravaba á la infeliz archiduquesa.

— Aun es tiempo, si la revolucion es tan terrible, de que V. M. y su augusto esposo dejen aquel país condenado á la anarquia y á la disolucion.

— Nunca! gritó la emperatriz. V. M. comprende el ridiculo espantoso que nos amenaza con un paso tan inconveniente; nosotros arrostrarémos todo ántes que ceder el terreno á nuestros enemigos.

— Quédame el consuelo de haber cumplido con un deber al permitirme dar un consejo á V. M. Yo tambien estoy afectado profundamente en esta crisis imposible de resolver; pero la voluntad de la Francia es el norte de mis acciones; mas tarde...

Aquella frialdad ante ese abismo en que se derrumbaba un trono levantado por su misma mano; aquella serenidad ante el caos de la derrota y en presencia de la victima, despertó en el cerebro de Carlota uno de esos vértigos que le acometian cuando la contrariedad desataba las tempestades en el mar agitado de su pecho.

— La calma de V. M. me revela que no debemos alimentar esperanza alguna, la Francia desata sus compromisos, nos abandona, deserta á la hora del peligro.

Napoleon comprendió que pasaba algo en el cerebro de la joven y trató de calmarla.

— V. M. es injusta, dijo el César, voy á abrir las puertas de mi corazon y á franquearle mis secretos.

— Ya escucho á V. M.

— La Europa me acecha, se arma á toda prisa, y la Santa Alianza puede reanudarse impulsada por el odio que abriga contra la Francia. Yo sé combatir, pero desconfío del éxito. V. M. conoce la humillacion por la que me ha hecho pasar Federico Guillermo en la cuestion de la Lombardia.

— Es cierto, dijo tristemente la emperatriz.

— La bandera de la Francia nunca ha retrocedido; si cayeron en Waterloo heridas las águilas imperiales, yo las he tornado á levantar y las he conducido victoriosas en Rusia, en Italia, en Austria, en América y en China!

—Es verdad! es verdad!

—Carlota de Austria, prosiguió exaltado Luis Napoleon, la hora de la decadencia ha llegado; la tempestad amenaza la existencia de la Francia.... Los Estados Unidos me espantan, yo he viajado proscrito por aquel país de gigantes; quise en mal hora ayudar á la confederación para borrar el *nec pluribus unum* de la frente de esa nación. Conozco que he delirado, pero el delirio ha sido sangriento y espantoso!.... Perdon, señora! yo os he arrojado á esas apartadas regiones de América, y ahora soy impotente para salvaros! Obedezco á un destino irresistible, volved el rostro á los puntos todos del globo: enemistades, rencores, oijosidades, promesas de venganza, y todo, todo contra mí, todo contra Napoleon III!

Luis Napoleon tenía la mirada torva y un temblor agitaba todos sus miembros.

—Sí, prosiguió poseido de amargura, se cree que yo decido los destinos de la Europa, y soy el monarca mas desgraciado. Arrastrado por la Inglaterra y por la España que entró inciáutamente en la Convención de Londres, tomé á mi cargo la cuestión de México, para sufrir solo también la derrota y el ridículo!.... La cámara me acusa, el pueblo me maldice y el ejército sufre en silencio al ver diezmados á sus compañeros bajo la bandera de la Francia, que defiende una causa extraña y antipática para él.

La archiduquesa veía humillado á aquél hombre, comprendía lo terrible de su situación, y lo compadecía.

—Pondré, continuó el emperador, algunos obstáculos para la retirada del ejército, probaré si faltando al primer plazo, encuentro tolerancia en los Estados Unidos; y en ese tiempo levantad un ejército, alistaré cuanto extranjero llegue á las playas mexicanas, yo protegeré la inmigración, alargaré los plazos de la deuda y haré cuanto esté á mi arbitrio por aliviar á V. M. del peligro que amenaza á la monarquía.

—Las clases todas de aquella sociedad están rebeladas.

—Le quedan al gobierno de V. M. dos caminos; ó la derogación de esas leyes de reforma y aceptar en un todo la política reaccionaria, ó marchar á Roma en pos del concordato, acaso Su Santidad acceda á la petición de V. M.

—Iré á Roma, aun nos queda tiempo de que disponer; pero los recursos escasean de dia en dia.

—Ya que juguéis en esta empresa todo el porvenir de V. M., pedid al conde de Flandes vuestro patrimonio; cinco millones de pesos pueden saldar á V. M. de la crisis que amenaza al imperio.

—Avisaré á mi hermano que esté en Roma á mi llegada.

—Señora, el cielo os guie.

—Ruegue V. M. por el éxito de mis negociaciones.

Levantóse la infeliz archiduquesa y tendió la mano á Napoleon III,

que la besó respetuosamente.

Al día siguiente la emperatriz de México abandonaba la capital de Francia, después de su última entrevista con el emperador.

La pequeña comitiva que la acompañaba no pudo menos de recordar en

silencio, todo aquel esplendor y atavío que la corte de Francia había des-

plegado cuando los archiduques iban de viaje para la América.

¡Contraste singular!

Entonces todas eran esperanzas, ilusiones, sueños, porvenir coronado de flores, horizontes sonrosados!....

El astro del imperio caminaba á su ocaso y todo aquel cuadro halagüeño

se envolvía en las sombras de una noche eterna!

El 21 de Agosto abandonó París la archiduquesa y se alejó en dirección a Miramar.

Hé aquí los telegramas que determinan su tránsito hasta Venecia.

“Milan 26.

La emperatriz de México llegó á esta ciudad. El prefecto y el alcalde salieron á cumplimentarla á la estación del ferro-carril.”

“Padua 29.

La emperatriz ha sido recibida en la estación ferrea de Vizcaya por el príncipe Humberto y las autoridades del país.

Aquí el rey de Italia fué á esperar á S. M. á la estación, donde le presentó á los generales y principales autoridades.

La emperatriz ha continuado su viaje á Miramar.

Dícese que piensa pasar á Roma con el objeto de tratar con el gobierno pontificio sobre algunos puntos del Concordato Mexicano.”

— La verdadera muerte de mi hermano que se celebra en Roma es mi funeral que se celebra en el cementerio de la iglesia de San Pedro.

Carlota de Austria, prosiguió exaltada, — La muerte de mi hermano es la muerte de la decadencia ha llegado a su fin.

— Hasta el fin de la decadencia. — IX.

Tomó pasaje en el *Neptuno*, y al avistarse en el puerto de Trieste fué saludada por la escuadra vencedora de Lisa.

A consecuencia de la guerra de Italia algunos puentes del camino de fierro habian sido destruidos, lo que impidió seguir su viaje por tierra á la emperatriz.

Tomó pasaje en el *Neptuno*, y al avistarse en el puerto de Trieste fué saludada por la escuadra vencedora de Lisa.

El rey de Italia y el emperador de Austria habian rendido un homenaje de galantería á la joven archiduquesa.

Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

— Carlota habia pasado entre los dos beligerantes como una nave empasada entre dos escollos!

III

— El Vaticano, ese grandioso edificio, á cuyo costado se levanta la catedral de San Pedro, es el abogado de la fe, el depositario de las reliquias de los santos, el custodio de los tesoros.

— Ademas de sus numerosas reliquias, tiene en su interior numerosas imágenes de los Santos.

— Una de las más famosas es la de San Pedro, que se representa sentado en su trono, con la llave de la prisión en su mano.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

— La biblioteca posee numerosas reliquias, entre las que destaca la de San Pedro, que se conserva en un cofre de oro.

CAPITULO DECIMOQUINTO.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.

— La ciudad de Roma, que es la capital de Italia, es la sede del Vaticano.